

# 1

## DIARIO DE JONATHAN HARKER

(Redactado taquigráficamente)

*3 de mayo. Bistritz*

Salí de Munich el 1 de mayo a las 8.35 de la tarde, y llegué a Viena a la mañana siguiente; debía haber llegado a las 6.46, pero el tren llevaba una hora de retraso. Buda-Pest parece una ciudad maravillosa, por lo que observé desde el tren y lo poco que pude andar por sus calles. No me atreví a alejarme de la estación, ya que habíamos llegado con retraso y saldríamos lo más de acuerdo posible con la hora prevista. La impresión que me dio era de que salíamos de Occidente y nos adentrábamos en Oriente; el más occidental de los espléndidos puentes del Danubio —que aquí adquiere una doble anchura y profundidad— nos trasladó a las tradiciones de predominio turco.

Salimos a buena hora, y llegamos a Klausenburgh ya anochecido. Aquí, paré a pernoctar en el Hôtel Royale. Cené pollo sazonado con pimentón picante, muy bueno, aunque daba mucha sed (*Mem.*, conseguir receta para Mina). Le pregunté al camarero, y dijo que se llama *paprika hendl*, y que es plato nacional, de modo que podría tomarlo en todas partes, a lo largo de los Cárpatos. Aquí me han resultado muy útiles mis rudimentos de alemán, desde luego, no sé cómo habría podido entenderme sin ellos.

En Londres, aproveché unas horas que tenía libres para ir al Museo Británico a consultar los libros y mapas de la biblioteca referentes a Transilvania; pensé que sería una ayuda tener de antemano alguna idea del país, antes de entrevistarme con un noble de ese lugar. Averigüé que la región a la que hacía referencia está en el extremo este del

territorio, exactamente en los límites de tres estados: Transilvania, Moldavia y Bukovina, en plena cordillera de los Cárpatos, y que es una de las regiones más remotas menos conocidas de Europa. No conseguí descubrir en ningún libro ni mapa el lugar exacto del casti- llo de Drácula, ya que no existen mapas de este país comparables a nuestros *Ordnance Survey Maps*, pero averigüé que Bistritz, la ciudad donde el conde Drácula decía que debía apear-me, era bastante cono- cida. Consignaré aquí algunas notas que me ayuden a recordar cuan- do hable con Mina del viaje.

La población de Transilvania está formada por cuatro nacionali- dades distintas: los sajones al sur; y mezclados con ellos, los valacos, que son descendientes de los dacios; los magiares al oeste, y los sze- kelys al este y al norte. Me encuentro entre estos últimos, que preten- den ser descendientes de Atila y de los hunos. Puede ser, porque cuan- do los magiares conquistaron el país, en el siglo XI, encontraron a los hunos asentados en él. He leído que en la herradura de los Cárpatos se reúnen todas las supersticiones del mundo, como si fuese el centro de una especie de remolino de la imaginación, si es así, mi estancia me va a resultar interesante (*Mem.*, preguntar al Conde sobre todo esto).

No dormí bien, aunque la cama era bastante comfortable; tuve toda clase de sueños extraños. Un perro estuvo aullando toda la no- che al pie de mi ventana, tal vez fue por eso, o quizá fue culpa de la paprika, porque me bebí toda el agua de la jarra, y aún me quedé con sed. Me dormí cuando ya amanecía, y me despertaron las repetidas llamadas a mi puerta, por lo que supongo que debí de quedarme pro- fundamente dormido. De desayuno tomé más paprika, y una especie de gachas hechas con harina de maíz que aquí llaman *mamaliga*, y be- renjenas rellenas, plato muy exquisito que llaman *impletata* (*Mem.*, pedir receta también). Tuve que desayunar de prisa porque el tren sa- lía un poco antes de las ocho; o más bien debía salir a esa hora; ya que después de llegar corriendo a la estación a las 7.30 estuve sentado en el vagón más de una hora, hasta que arrancó. Me da la sensación de que cuanto más al este vamos, menos puntuales son los trenes. ¿Cómo serán en China?

Empleamos el día entero en recorrer una comarca llena de belle- zas naturales de todo género. Unas veces divisábamos pequeños pue-

blecitos y castillos en lo alto de montes enhiestos, como los que se ven en los viejos misales; otras, corríamos junto a ríos y arroyos que, a juzgar por sus anchas y pedregosas márgenes a uno y otro lado, parecen sufrir grandes crecidas. Hace falta mucha agua, y que corra con fuerza, para que un río tranquilo rebase sus bordes exteriores. En todas las estaciones había grupos de gente, a veces multitudes, con toda clase de atavíos. Algunos hombres iban exactamente igual que los campesinos de mi país, o como los que he visto al cruzar Francia y Alemania, con sus chaquetas cortas, sus sombreros redondos y sus pantalones de confección casera; otros, en cambio, eran muy pintorescos. Las mujeres parecen bonitas, si no se las ve de cerca, pero tienen el talle muy ancho. Llevan largas y blancas mangas de diversas clases, y la mayoría se ciñe unos cinturones anchos con gran cantidad de cintas que se agitan a su alrededor como un vestido de ballet; aunque, naturalmente, llevan sayas debajo.

Los personajes más extraños que vimos eran los eslovacos, más bárbaros que el resto, con grandes sombreros vaqueros, pantalones amplios y de color claro, blancas camisas de lino y unos cinturones de cuero enormes, de casi un pie de anchos, tachonados con clavos de latón. Calzaban botas altas, embutían los pantalones en ellas, y tenían el pelo largo y unos bigotes espesos y negros. Son muy pintorescos, pero no resultan atractivos. En la diligencia se acomodaron inmediatamente como una banda de forajidos orientales. Sin embargo, según me han dicho, son inofensivos, y les falta presunción natural.

Cuando ya anoecía, llegamos a Bistritz, que es una ciudad vieja y muy interesante. Dado que está prácticamente en la frontera —pues el desfiladero de Borgo conduce de allí a Bukovina—, ha tenido una existencia azarosa, y desde luego muestra señales de ello. Hace cincuenta años, hubo una serie de incendios que causaron terribles catástrofes en cinco ocasiones distintas. Nada más iniciarse el siglo XVII, sufrió un asedio de tres semanas, en el que perdieron la vida trece mil personas, seguido del hambre y las enfermedades, vicisitudes propias de la guerra.

El conde Drácula me había indicado que me alojase en el hotel Golden Krone, que resultó ser muy anticuado, para gran alegría mía, porque, como es natural, quiero ver cuanto pueda sobre costumbres

del país. Evidentemente me esperaban, ya que al llegar a la puerta, me recibió una señora mayor, de expresión alegre, vestida con el habitual atuendo de campesina —saya blanca y delantal doble, por delante y por detrás, de paño de colores, quizá demasiado ajustado para el recato—. Una vez a su lado, me saludó con una inclinación de cabeza, y dijo:

—¿El *Herr* inglés?

—Sí —dije—, soy Jonathan Harker.

Sonrió, y dio instrucciones a un hombre de edad, en mangas de camisa, que la había seguido hasta la puerta. Dicho hombre desapareció, y regresó inmediatamente con una carta:

Distinguido amigo:

Bienvenido a los Cárpatos. Le espero con impaciencia. Descanse esta noche. Mañana a las tres saldrá la diligencia para Bukovina; he reservado una plaza en ella para usted. Mi coche le estará esperando en el desfiladero de Borgo para traerle hasta aquí. Confío en que haya tenido un feliz viaje desde Londres, y que disfrute durante su estancia en mi hermoso país.

Su amigo,

DRÁCULA

*4 de mayo*

Me enteré de que el propietario del hotel había recibido una carta del Conde con instrucciones de que me reservase la mejor plaza de la diligencia; pero al preguntarle ciertos detalles, se mostró algo reticente y fingió no entender mi alemán. No podía ser cierto, ya que hasta ese momento me había entendido a la perfección; al menos, había contestado a mis preguntas como si me entendiera bien. Él y su esposa, la señora mayor que me había recibido, se miraron como asustados. Él murmuró que había recibido el dinero junto con una carta, y que eso era cuanto sabía. Al preguntarle si conocía al conde Drácula y si podía contarme algo sobre su castillo, se santiguaron los dos; y tras decirme que no sabían nada en absoluto, se negaron a seguir hablan-

do. Faltaba tan poco para emprender la marcha, que no tenía tiempo de preguntar a nadie más; pero todo era muy misterioso y muy poco tranquilizador.

Poco antes deirme, la señora mayor subió a mi habitación, y exclamó, casi al borde de la histeria:

—¿Tiene que ir? Oh, joven *Herr*, ¿tiene que ir?

Estaba tan excitada que parecía haber perdido el dominio del alemán que sabía, y se le embarullaba con otra lengua que yo desconocía por completo. Sólo fui capaz de seguir su discurso a base de hacerle muchas preguntas. Cuando dije que me marcharía en seguida, y que iba por un asunto importante, me preguntó:

—¿Sabe qué día es hoy?

Le contesté que era cuatro de mayo. Ella negó con la cabeza, y exclamó:

—¡Oh, sí! ¡Lo sé, lo sé!, pero ¿sabe qué día es? —Y al contestar yo que no comprendía, prosiguió—: Es la víspera de san Jorge. ¿Sabe que esta noche cuando el reloj dé las doce, todos los seres malignos andarán libremente por el mundo? ¿Sabe adónde va usted y a qué va?

Manifestaba una angustia tan evidente que traté de tranquilizarla, aunque sin resultado. Por último, cayó de rodillas y me imploró que no fuese, que esperase al menos un día o dos, antes de ir. Era una escena ridícula, pero me hacía sentir incómodo. Sin embargo, tenía un asunto que resolver, y no podía consentir que nada lo obstaculizase. Así que traté de levantarla; y le dije, lo más gravemente que pude, que se lo agradecía, pero que mi deber no admitía demora, y no tenía más remedio que ir. Entonces se levantó y se secó los ojos; y quitándose del cuello un crucifijo, me lo ofreció. Yo no sabía qué hacer, pues como miembro de la Iglesia anglicana, me han enseñado a considerar idolátricas estas cosas; y al mismo tiempo me parecía una falta de cortesía hacerle un desaire a una señora mayor tan bien intencionada y en semejante estado de ánimo. Supongo que vio la duda reflejada en mi rostro, pues me ciñó el rosario alrededor del cuello, y dijo:

—Por su madre.

Y salió de la habitación. Esta parte del diario la estoy escribiendo mientras espero la diligencia, que naturalmente ya tiene retraso; y aún llevo el crucifijo alrededor del cuello. No sé si serán los temores

de esa señora, pero ya no tengo el ánimo tan sereno como antes. Si este libro llegara a Mina antes que yo, que le lleve mi último adiós. ¡Ahí viene la diligencia!

*5 de mayo. El castillo*

El gris de la madrugada se ha disipado, y el sol se encuentra muy alto respecto del lejano horizonte, que parece mellado, no sé si a causa de los árboles o por los cerros; está tan lejos que las cosas grandes se confunden con las pequeñas. Estoy desvelado; así que, como voy a poder dormir hasta la hora que quiera, me entretendré escribiendo hasta que me entre sueño. Tengo muchas cosas extrañas que anotar; y para que el que las lea no piense que cené demasiado antes de salir de Bistritz, consignaré aquí cuál fue exactamente el menú. Tomé lo que aquí llaman «filete de bandido»: trozos de tocino, cebolla y carne de vaca, sazonado todo con pimienta, y ensartado en unos bastones y asado al fuego, ¡al estilo sencillo de la carne de caballo que se vende por las calles de Londres! El vino era un *mediasch* dorado, y produce un raro picor en la lengua que, no obstante, no resulta desagradable. Sólo tomé un par de vasos; nada más.

Cuando subí a la diligencia, el cochero aún no había ocupado su asiento; le vi charlando con la señora de la posada. Evidentemente, hablaban de mí, porque de cuando en cuando miraban en dirección mía; y algunas personas, que estaban sentadas en un banco junto a la puerta —que ellos llaman con un nombre que significa «el mentidero»— se habían acercado a escuchar, y se volvían para mirarme, casi todos con cierta expresión de lástima. Oí que repetían con frecuencia determinadas palabras; palabras extrañas, ya que había gentes de las más diversas nacionalidades entre los reunidos: así que saqué discretamente de mi bolsa el diccionario multilingüe, y las busqué. Confieso que no me llenaron de animación, ya que entre otras encontré *Ordog*, Satanás; *pokol*, infierno; *stregoica*, bruja; *vrolok* y *vlkoslak*, que significan igualmente (una en eslovaco y otra en serbio) algo así como hombre-lobo o vampiro (*Mem.*, preguntar al Conde acerca de estas supersticiones).

Cuando emprendimos la marcha, la multitud congregada en la puerta de la posada, que a la sazón había aumentado considerablemente, hizo la señal de la cruz y apuntó con dos dedos hacia mí. Con cierta dificultad, conseguí pedirle a otro pasajero que me explicase qué significaba aquello; al principio no quiso contestarme, pero al saber que yo era inglés me dijo que era un conjuro o protección contra el mal de ojo. Esto no me pareció muy agradable con respecto a mí, que partía hacia una región desconocida al encuentro de un hombre al que nunca había visto, pero todos se mostraron tan benévolo, y tan afligidos, y manifestaron tanta compasión, que no pude por menos de sentirme conmovido. Nunca olvidaré la última imagen de la posada, con aquella multitud de personas de atuendo pintoresco, todas santiguándose, bajo el arco, recortadas sobre un fondo de abundantes adelfas y naranjos plantados en cubas verdes agrupadas en el centro del patio. Luego, nuestro cochero, cuyos amplios calzones de lino —que aquí llaman *gotza*— cubrían casi por entero el pescante, hizo restallar su enorme látigo por encima de los cuatro caballos, partieron éstos a un tiempo y emprendimos la marcha.

No tardaron en quedar atrás los temores espectrales, olvidados ante la belleza del escenario por el que viajábamos, aunque, de haber conocido yo la lengua —o más bien las lenguas— que hablaban mis compañeros, quizá no se me habrían disipado con tanta facilidad. Ante nosotros se extendía una tierra ondulada, poblada de bosques y sembrada de empinados cerros coronados por grupos de árboles o caseríos, con los blancos hastiales pegados a la carretera. En todas partes se veían cantidades sorprendentes de frutales en flor: manzanos, ciruelos, perales y cerezos; al acercarnos, podíamos observar que la hierba que crecía debajo estaba salpicada de pétalos caídos. Por entre estas verdes colinas de lo que aquí llaman la Mittel Land, discurría la carretera, perdiéndose al describir una curva, o al ocultarla el lindero impreciso de algún bosque de pinos, que de cuando en cuando descendía por las pendientes como una lengua de fuego. La calzada era desigual, pero volábamos por ella a febril velocidad. Yo no entendía el porqué de tanta prisa; pero el cochero estaba decidido evidentemente a no perder tiempo en llegar al Borgo Prund. Me dijeron que esta carretera era excelente en primavera, pero que aún no la

habían arreglado después de las nieves del invierno. En este sentido, es distinta a las carreteras de los Cárpatos en general, pues existe una vieja tradición según la cual no hay que conservarlas en demasiado buen estado. Desde tiempo inmemorial, los hospedars no quieren arreglarlas por temor a que los turcos crean que las preparan para desplazar tropas extranjeras, y se apresuren a provocar la guerra que, en realidad, siempre está a punto de estallar.

Más allá de las verdes colinas de la Mittel Land se elevaban las imponentes laderas de la selva, hasta las alturas orgullosas de los propios Cárpatos. Las vimos erguirse imponentes, a derecha e izquierda de nosotros, iluminadas por el sol de la tarde, con todos los colores soberbios de esta hermosa cordillera, azul oscuro y púrpura en las sombras de los picos, y marrón donde las rocas se mezclan con la hierba, y perderse en la lejanía en una interminable perspectiva de peñascos y riscos puntiagudos, hasta donde se alzaban grandiosos los picos nevados. Aquí y allá, aparecían poderosas hendiduras en las montañas, a través de las cuales, cuando empezaba a caer el sol, veíamos de trecho en trecho el blanco resplandor de alguna cascada. Uno de mis compañeros me tocó el brazo cuando pasábamos junto a una colina, y señaló el orgulloso y nevado pico de un monte que surgió delante de nosotros, mientras serpeábamos por el ondulado camino:

—¡Mire! ¡El Isten szek! ¡La Silla de Dios! —Y se santiguó con unción.

Mientras corríamos por la interminable carretera, el sol descendía cada vez más a nuestra espalda y las sombras de la tarde empezaban a crecer a nuestro alrededor. Este efecto se acentuaba aún más mientras seguía el sol poniente iluminando las nevadas cumbres que parecían emitir un delicado y frío resplandor sonrosado. De cuando en cuando nos cruzábamos con algunos checos y eslovacos, todos vestidos con trajes típicos; pero observé que el bocio estaba dolorosamente generalizado. Junto a la carretera había numerosas cruces; y cuando pasábamos veloces junto a ellas, mis compañeros de viaje se santiguaban. A veces veíamos a alguna campesina o campesino arrodillado ante una capilla, y ni siquiera se volvía al pasar nosotros, sino que parecía entregado a una devoción que carecía de ojos y oídos para el mundo exterior. Había muchas cosas que eran nuevas para



mí: por ejemplo, los almiares en los árboles, o los grupos de abedules diseminados aquí y allá, con sus blancos troncos brillando como la plata entre el verde delicado de las hojas. De cuando en cuando, nos cruzábamos con un *Leiterwagon*, carruaje usual del campesino, con su espinazo de ofidio, calculado para salvar las irregularidades del terreno. Sobre ellos iban sentados grupos de campesinos que regresaban del trabajo con sus pieles de cordero, blancas las de los checos y de colores las de los eslovacos, llevando estos últimos, a manera de lanza, largos astiles con hacha en el extremo. Al caer la tarde, empezó a hacer frío y el ocaso pareció sumir en oscura bruma la lóbreguez de los árboles —robles, hayas y pinos—, aunque en los valles que corrían profundos entre los espolones de los montes, cuando subíamos hacia el desfiladero, los negros abetos se alzaban sobre un fondo de nieve recién caída. A veces, cuando la carretera atravesaba los bosques de pinos que en la oscuridad parecían cerrarse sobre nosotros, las grandes masas grisáceas, que aquí y allá desparramaban los árboles, producían un efecto singularmente espectral y solemne que favorecía los lúgubres pensamientos y figuraciones que sugería el atardecer, cuando el sol poniente proyectaba sobre el extraño relieve las nubes fantasmales que se deslizaban sin cesar entre los valles de los Cárpatos. A veces, los montes son tan escarpados que a pesar de la prisa del cochero, los caballos se veían obligados a ir al paso. Quise bajarme y caminar junto a ellos, como hacemos en mi país; pero el cochero no lo consintió.

—No, no —dijo—, no se puede ir andando por aquí, los perros son demasiado feroces —y añadió, con lo que evidentemente quería ser una broma siniestra, pues se volvió para ganarse la sonrisa aprobadora de los demás—: ya tendrá usted bastante, antes de acostarse esta noche.

La única vez que se detuvo fue para encender los faroles.

Cuando oscureció, los pasajeros se pusieron nerviosos y, uno tras otro, empezaron a decirle cosas al cochero, como instándole a que fuese más de prisa. Él hostigaba despiadadamente a los caballos con su gran látigo, y les animaba a correr más con gritos furiosos de aliento. Entonces, en medio de la oscuridad, distinguí una especie de claridad grisácea delante de nosotros, como si se tratase de una grieta entre los

montes. El nerviosismo de los viajeros aumentó; la loca diligencia se cimbreaba sobre las grandes ballestas de cuero, y se escoraba como un barco sacudido por un mar tempestuoso. Tuve que agarrarme. La carretera se hizo más llana, y pareció que volábamos. Luego, las montañas se fueron acercando a uno y otro lado, ciñéndose amenazadoras a nosotros: estábamos entrando en el desfiladero de Borgo. Varios pasajeros me ofrecieron regalos, insistiendo en que los aceptase con una vehemencia que no admitía negativas; eran de lo más variados y extraños, aunque cada uno me lo daba con sencilla buena fe, con una palabra amable y una bendición, y esa extraña mezcla de gestos temerosos que ya había observado delante del hotel de Bistritz: la señal de la cruz y la protección contra el mal de ojo. Después, mientras corríamos, el cochero se inclinó hacia delante; y los pasajeros, asomándose a uno y otro lado del coche, escrutaron ansiosamente la oscuridad. Era evidente que esperaban o temían que sucediera algo muy emocionante; pero aunque pregunté a cada uno de los pasajeros, ninguno quiso darme la más ligera explicación. Este estado de nerviosismo se prolongó durante un rato, por fin vimos abrirse el desfiladero hacia oriente. El cielo estaba poblado de nubes oscuras e inquietas, y en el aire flotaba una sensación densa y opresiva de tormenta. Parecía como si la cordillera hubiese dividido la atmósfera en dos, y entráramos ahora en la parte tormentosa. Yo mismo me asomé, tratando de divisar el vehículo que debía llevarme hasta el Conde. Esperaba a cada instante ver en la negrura el resplandor de los faroles; pero todo estaba oscuro. La única luz que percibíamos eran los rayos parpadeantes de nuestros faroles, que hacían visible el vapor que despedían nuestros extenuados caballos, en forma de nube blanca. Ahora podíamos distinguir la calzada arenosa delante de nosotros, pero no había signo alguno del otro vehículo. Los pasajeros se arrellanaron con un suspiro de alivio que pareció una burla a mi desencanto. Me había puesto a pensar sobre qué debía hacer ahora cuando el cochero, consultando su reloj, dijo a los demás algo que oí a duras penas, ya que lo dijo en voz baja, creo que fue: «Una hora de adelanto». Luego, volviéndose hacia mí, añadió en un alemán peor que el mío:

—No hay ningún carruaje. No le esperan, *Herr*. Así que tendrá que venirse a Bukovina y volver mañana o pasado, mejor pasado.

Mientras hablaba, los caballos empezaron a relinchar y corco-vear locamente, de modo que el cochero tuvo que sujetarlos. A continuación, mientras los campesinos prorrumpían en exclamaciones a coro y se santiguaban, nos alcanzó una calesa con cuatro caballos, y se situó junto a la diligencia. Al resplandor de nuestros faroles observé que los caballos eran unos animales espléndidos, negros como el carbón. Los guiaba un hombre alto, con una larga barba color castaño y un gran sombrero negro que le ocultaba la cara. Sólo pude ver el destello de un par de ojos muy brillantes y rojos, en el momento de volverse hacia nosotros. Le dijo al cochero:

—Pasa antes de la hora, esta noche, amigo.

El hombre tartamudeó:

—El *Herr* inglés tenía prisa.

A lo que el desconocido contestó:

—Por eso, supongo, se lo llevaba usted a Bukovina. No puede engañarme, amigo, sé demasiado, y mis caballos son rápidos.

Sonrió al hablar, y nuestros faroles iluminaron una boca dura, de labios muy rojos y dientes afilados y blancos como el marfil. Uno de mis compañeros susurró a otro el verso de *Lenore*, de Burger:

*Denn die Todten reiten schnell*  
(porque los muertos viajan veloces)

El desconocido conductor oyó evidentemente el comentario, porque alzó los ojos con resplandeciente sonrisa. El pasajero desvió la mirada, al tiempo que se santiguaba con dos dedos.

—Déme el equipaje del *Herr* —dijo el de la calesa.

Le tendieron mis bolsas de viaje con asombrosa prontitud, y él las acomodó en su carruaje. Luego descendí de la diligencia, la calesa se había situado muy cerca de la portezuela, y el desconocido me ayudó, cogiéndome el brazo con mano de acero; debía de tener una fuerza prodigiosa. Sin decir una palabra, sacudió las riendas. Los caballos dieron la vuelta, y nos sumergimos en la oscuridad del desfilaro. Al mirar hacia atrás, vi el vapor de los caballos de la diligencia a la luz de los faroles, y, recortadas sobre él, las figuras de mis anteriores compañeros santiguándose. Seguidamente el cochero hizo

restallar su látigo sobre los caballos y reanudaron su veloz viaje hacia Bukovina.

Cuando les vi desaparecer en la negrura, sentí un extraño escalofrío y me invadió una sensación de soledad; pero el conductor me echó una capa sobre los hombros y una manta sobre las rodillas, y me dijo en excelente alemán:

—La noche es fría, *mein Herr*; y mi amo el Conde me ha ordenado que cuide de usted. Hay un frasco de *slivovits* (licor de ciruela del país) debajo del asiento, por si le apetece.

No lo probé, pero era un consuelo saber que estaba allí, de todos modos. Me sentía un poco extraño, y bastante asustado. Creo que de haber tenido cualquier otra opción, la habría aprovechado, en vez de proseguir este viaje nocturno no sabía a dónde. El carruaje corría a toda velocidad; luego dio una vuelta completa y se desvió por un estrecho camino. Me pareció que recorríamos una y otra vez los mismos lugares, de modo que tomé referencia de unos cuantos salientes, y comprobé que así era. Me habría gustado preguntar al conductor qué significaba todo esto, pero no me atreví, pues pensaba que, de todas maneras, de poco habrían valido mis protestas si él tenía decidido demorarse. Más tarde, no obstante, sentí curiosidad por saber cuánto tiempo había transcurrido, encendí una cerilla y consulté mi reloj al resplandor de la llama, faltaban unos minutos para las doce. Esto me produjo una especie de sobresalto, ya que las últimas experiencias me habían vuelto particularmente sensible respecto a la superstición general acerca de esa hora. Aguardé con una ansiosa sensación de incertidumbre.

En ese momento, en alguna granja lejana, empezó a aullar un perro: era un lamento angustioso, prolongado, como de miedo. A éste se le sumó otro perro, luego otro y otro; hasta que, arrastrados por el viento que ahora soplaba suavemente por el desfiladero, se oyó un coro de aullidos que parecían provenir de toda la región, según impresionaban la imaginación en la negrura de la noche. Los caballos se encabritaron al primer aullido. El conductor les habló con suavidad, y se calmaron, pero temblaban y sudaban como después de una carrera desbocada. Luego, a lo lejos, y procedentes de las montañas de uno y otro lado, se oyeron unos aullidos más fuertes —los de los lo-

bos— que nos afectaron a los caballos y a mí por igual, pues me dieron ganas de saltar de la calesa y echar a correr, mientras que ellos se encabritaron otra vez y corcovearon furiosamente, de forma que el cochero tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para evitar que se desbocaran. Unos minutos más tarde, sin embargo, mis oídos se habían acostumbrado a los aullidos, y los caballos se habían apaciguado, de forma que el cochero pudo descender y acercarse a ellos. Los acarició y tranquilizó, susurrándoles algo al oído como hacen los domadores, lo que tuvo un efecto extraordinario, ya que después de sus caricias se volvieron nuevamente manejables, aunque temblaban todavía. El conductor ocupó de nuevo su asiento y, sacudiendo las riendas, emprendió la marcha a gran velocidad. Esta vez, al llegar al otro extremo del desfiladero, se metió de repente por un estrecho camino que torcía bruscamente a la derecha.

Poco después nos adentramos por un paraje poblado de árboles, que en algunos lugares formaban arco por encima del camino, dando la impresión de que corríamos por un túnel; y, una vez más, nos vimos escoltados por grandes y amenazadores peñascos que se alzaban a ambos lados. Aunque el terreno estaba protegido, oí que se estaba levantando viento, pues gemía y silbaba entre las rocas, y las ramas de los árboles entrechocaban a nuestro paso. El frío aumentaba por momentos, y empezó a caer una nieve fina, en forma de polvo, de manera que no tardó en cubrirse todo de blanco a nuestro alrededor. El viento penetrante, aunque se iba debilitando a medida que avanzábamos, arrastraba aún los ladridos de los perros. Los aullidos de los lobos se oían cada vez más cerca, como si nos fuesen rodeando por todas partes. Yo estaba terriblemente asustado, y los caballos compartían mi miedo; sin embargo, el cochero no se alteró lo más mínimo. De cuando en cuando, volvía la cabeza a izquierda y derecha, aunque yo no conseguía ver nada en la oscuridad.

De pronto, a la izquierda, divisé el parpadeo lejano y vacilante de una llama azulenca. El cochero la vio al mismo tiempo que yo; retuvo inmediatamente a los caballos y, saltando a tierra, desapareció en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, y menos con los aullidos de los lobos cada vez más próximos; pero mientras dudaba, volvió a aparecer el conductor, ocupó su asiento y, sin decir una palabra, reemprendi-

mos la marcha. Creo que debí de quedarme dormido y soñar ese mismo incidente, porque me pareció que se repetía de manera interminable; y ahora, al pensar en ello, se me antoja una espantosa pesadilla. En una ocasión, la llama parecía tan cerca del camino que aun en la oscuridad que nos envolvía pude distinguir los movimientos del cochero. Se acercó a donde estaba la llama azul —tan débil que no iluminaba siquiera a su alrededor—, reunió unas cuantas piedras y formó una especie de señal. Y se produjo un extraño efecto óptico: al colocarse el cochero entre la llama y yo, no tapó la luz, sino que seguí viendo su parpadeo fantasmal como si no estuviese él delante. Esto me sobresaltó, pero dado que fue algo momentáneo, pensé que me habían engañado los ojos, de tanto forzarlos en la oscuridad. Después, durante un rato, no volvimos a ver más llamas azules, y seguimos corriendo a gran velocidad, a través de la noche, mientras los lobos aullaban a nuestro alrededor como si nos siguiesen, manteniendo el cerco a la misma distancia.

Por último, el cochero hizo una nueva parada y se alejó más que las otras veces, durante su ausencia los caballos empezaron a temblar violentamente y a resoplar y relinchar de terror. Yo no conseguía averiguar la causa, ya que los aullidos de los lobos habían cesado por completo, pero en ese instante, y entre unas nubes negras, surgió la luna por detrás de la mellada cresta de un monte rocoso y poblado de pinos, y descubrí que estábamos rodeados por un círculo de lobos de blancos colmillos y colgantes lenguas rojas, las patas largas y nervudas y el pelo desgredado. Eran cien veces más terribles en este tétrico silencio que cuando aullaban. Me sentí paralizado de terror. Sólo cuando el hombre se enfrenta cara a cara con estos terrores es cuando puede comprender su auténtica importancia.

De pronto, los lobos empezaron a aullar otra vez, como si la luna hubiese ejercido algún extraño influjo sobre ellos. Los caballos se encabritaron, mirando a su alrededor de forma lastimera; pero el cerco vivo del terror los rodeaba por todos lados, y se vieron obligados a permanecer dentro de él. Grité al cochero que volviese; me pareció que nuestra salvación estaba en romper el cerco y ayudarle a subir. Grité y golpeé el costado de la calesa, confiando en alejar a los lobos por ese lado, y darle ocasión de que llegara hasta la portezuela. No sé

cómo lo hizo, pero el caso es que le oí alzar la voz con un tono de autoridad, y al mirar en aquella dirección, le vi inmóvil en mitad del camino. Agitó los brazos como barriendo un obstáculo impalpable, y los lobos fueron retrocediendo más y más. En ese preciso momento, cruzó por delante de la luna una nube densa, y de nuevo se sumió todo en tinieblas.

Cuando conseguí distinguir las cosas otra vez, el conductor estaba subiendo a la calesa, y los lobos habían desaparecido. Todo esto era tan extraño y misterioso que me sentí sobrecogido, y no me atreví a hablar ni a moverme. El tiempo me parecía interminable mientras corríamos, ahora casi en completa oscuridad, pues las nubes inquietas habían ocultado la luna. Seguimos subiendo. Aunque de cuando en cuando venía alguna súbita bajada, nuestra marcha era cuesta arriba. De pronto me di cuenta de que el conductor guiaba los caballos hacia el patio de un inmenso castillo en ruinas, en cuyas altas y oscuras ventanas no se veía un solo resplandor, y cuyas almenas desmoronadas recortaban sus melladas siluetas contra el cielo iluminado por la luna.